

DON ESTEBAN CORONADO.

ACABAMOS de ver cómo un joven ingeniero de minas se convirtió, al mirar los males de la patria, en caudillo denodado que afronta los mayores peligros y que no cesa de combatir sino cuando cae herido por la bala de un enemigo emboscado. Veamos ahora de qué manera conquista renombre en la carrera militar un abogado que parecía llamado á la tranquila y sosegada vida del jurisconsulto, que fué la de su predilección en sus mocedades.

Estas transformaciones, inesperadas é incomprensibles para los que no se han detenido nunca á estudiar los fenómenos sociológicos, ponen de resalto que la teoría espenceriana sobre *el grande hombre*, expuesta en la "Introducción á la ciencia social," si bien no encierra una verdad absoluta, sí está en lo cierto al asentar que los hombres que contribuyen á la evolución de los pueblos son generados por un conjunto de circunstancias: el medio, el período ó momento histórico

en que actúan, y también,—agregamos nosotros para precisar la idea y facilitar su inteligencia—por la corriente irresistible de las aspiraciones generales, y por el ejemplo.

La fé inquebrantable de Juárez, en el triunfo de la República, su constancia á prueba de todos los desastres, su serenidad nunca turbada ni en medio de los mayores peligros, su decisión de morir en la demanda antes que abatir la bandera de la patria frente á las águilas imperiales, esa fé, esa constancia, esa serenidad y esa resolución firmísima, robustecieron los sentimientos levantados de mil y mil mexicanos, y los guerreros se multiplicaron, y los que caían eran al punto mismo reemplazados por otros, y el agricultor y el abogado, y el ingeniero y el comerciante abandonaron sus habituales tareas y pusieron su brazo al servicio de la causa nacional.

A Juárez, al *grande hombre*, lo formaron las luchas por la libertad y el progreso en la epopeya de la Reforma, y los que en la defensa nacional le siguieron y pelearon, nacieron al soplo de la más terrible de las tempestades que han conmovido á México independiente, y se hicieron grandes siguiendo el noble ejemplo del patricio.

No de otra manera conquistó México, en el primer tercio del hoy moribundo siglo XIX, su independencia, merced á las virtudes cívicas de sus libertadores, según hemos procurado demostrarlo en los capítulos relativos á personajes de aquella época, y como las enseñanzas de la historia determinan, más tarde ó más

temprano, las acciones de los hombres, es innegable que el ejemplo dado por los héroes de la Independencia, héroes que en su mayor parte se iniciaron en el arte de la guerra al estallar ésta, y abandonando para ello el género de vida que hasta entonces habían llevado, es innegable, decimos, que ese ejemplo fué seguido por Juárez y por los que con él figuraron en las luchas por la Reforma y por la libertad, entre los cuales ocupa lugar muy prominente el Sr. Lic. y General Don Estéban Coronado.

Pero antes de referir cuáles fueron las acciones del ilustre hijo de Chihuahua, séanos permitido el intentar desvanecer un prejuicio erróneo — llamarémosle así para no herir con otro calificativo á aquellos de quienes procede, y que como dogma lo enseñan y difunden. La digresión es excusable, porque no es del todo inoportuna.

Cuando con espíritu justiciero se reconoce y admira el pasmoso desenvolvimiento que México ha alcanzado en las dos últimas décadas del siglo, los pesimistas, los que con nada se contentan, los que niegan toda grandeza si ellos no la han procurado ó de ella no son partícipes directos, oponen á los razonamientos más sólidos y á los hechos mejor comprobados una observación que á primera vista parece irrefutable, y es la de que la paz que tanto se preconiza es enervadora, porque si bien los adelantos materiales no pueden negarse, en cambio á la sombra de esa paz no se forman y desarrollan los grandes caracteres; es decir, que no aparecen ni guerreros capaces de reemplazar

á los que por la libertad y las instituciones combatieron con indomable brío, ni es el parlamento escuela de eximios tribunos y oradores, ni en el periodismo se adiestran escritores de combate, ni á la actual generación la inspiran sino el ansia de riqueza y la ambición de escalar las alturas, sean cuales fueren los medios que para lograrlo han de emplearse. Ese es el cargo con que se pretende abrumar á los que ven con entusiasmo la evolución que en los postreros años del siglo ha cambiado el modo de ser de la República.

Pues bien, sin recurrir á las enseñanzas que se desprenden de la vida de otras nacionalidades, en la propia historia nuestra encontramos,—y de ello nos da elocuente testimonio el personaje á quien este capítulo está consagrado,—que cuando las circunstancias lo requieren, los pueblos producen soldados heroicos, tribunos que inflaman con sus arengas, publicistas que hacen la luz en las conciencias, y, para decirlo en una sola frase, que la honra de la patria, la estabilidad de las instituciones, la libertad y la autonomía de México no peligran, porque la nación disfruta de un período que todos debemos bendecir, y en el cual no hay necesidad de invocar tan sagrados nombres. El acrecentamiento de la riqueza pública lejos de aflojar los lazos que unen al ciudadano con el suelo santo de la patria, los estrecha más y más. Se necesita no conocer el corazón humano para no comprender todo el alcance de esta verdad. El que nada posee, el que vegeta en obscura medianía y el que no tiene hogar, no ven una amenaza para sí cuando un conquistador in-

tenta apoderarse del país, cuando un bando pretende hacer retrogradar á la nación. En las épocas en que en los pueblos florece el trabajo y se acumulan riquezas que proporcionan el bienestar suspirado en días de penurias y de perturbaciones, en esas épocas los pueblos se hacen conservadores en la significación más noble del vocablo: conservadores de la libertad, conservadores de sus hogares, y antes que perder bienes tan supremos derraman hasta la última gota de su sangre.

Mas no debemos abusar de la benevolencia del lector, y aunque con la deficiencia á que nos condena la falta de ciertos datos que en vano hemos procurado obtener, hablemos de la vida del patriota Gral. Coronado.

En el Mineral de Jesús María, en la Sierra Madre (Chihuahua), nació allá por los años del 32 al 34, pues sabemos que en el de 48 terminó en el Instituto Científico del Estado el estudio de la filosofía, y se trasladó en seguida á la Capital de la República para hacer los cursos del derecho, recibiendo aquí, en 1856, el título de abogado, y obteniendo el nombramiento de Juez de Distrito de Chihuahua á donde regresó con tal motivo.

Comisionado en Septiembre del mismo año para pronunciar una oración cívica en las fiestas patrias del 16, se expresó con tal vehemencia en contra de la administración pública, que fué reducido á prisión y conducido luego por una fuerte escolta del 25º de caballería, fuera del Estado.

Iba así, cuando al penetrar al Estado de Durango puso en juego la intrepidez y astucia que le caracterizaban, para obtener la libertad. Fué el caso, que promovió y costeó un baile al que concurrieron los jefes que le custodiaban, los cuales se embriagaron á tal punto, que, al despertar, el prisionero estaba ya á algunas leguas de distancia con dirección á la Capital de la República.

Antes de pasar adelante, debemos referir uno de los episodios de la agitada vida de Coronado, episodio de su ardorosa juventud, que dió la medida de la alteza de sus sentimientos patrióticos y del temple de su alma para afrontar los mayores riesgos.

Era colegial en el año de 1848 cuando el ejército norte-americano hizo su segunda invasión al Estado de Chihuahua, gobernado á la sazón por el Gral. Don Angel Frías. Una junta de guerra acordó que la primera autoridad y las tropas se retiraran á la ciudad del Parral, en atención á que sólo se contaba con 300 guardias nacionales y escaso material de guerra. Al llegar al pueblo de Santa Cruz de Rosales, fueron alcanzados por un regimiento de dragones americanos que á poco fué reforzado por un batallón de infantería y 14 cañones, estableciendo con tales elementos un sitio en forma. El joven Coronado, conducido por un buen guía, se cercioró de las posiciones del enemigo y pasó la línea para penetrar á Santa Cruz, perseguido por 26 dragones yanques que hicieron fuego sobre él, por dicha inútilmente. Ocioso parece decir que fué recibido con entusiastas aclamaciones por los sitiados y

muy especialmente por el Gral. Frías que le estrechó entre sus brazos y le confirió el grado de Teniente en su Estado Mayor. Abrumada por la superioridad numérica de los americanos y por sus poderosos elementos de guerra, la fuerza mandada por el Gral. Frías sucumbió al fin, mas no sin haber quemado antes hasta el último cartucho. Y como *también cabe la gloria en el vencido*, según la frase del poeta, Coronado participó de esa triste gloria, pero gloria al fin, al iniciarse en la carrera de las armas que más tarde le ofreció inmarcesibles laureles.

Reanudando en orden cronológico nuestro relato, diremos que durante la permanencia en México del Sr. Coronado, se verificó un cambio en el gobierno de su Estado natal, pasando el poder de manos del Sr. Palacios al del honorable Sr. Ochoa, y entonces ya sin dificultad alguna pudo regresar el proscrito á su hogar.

En el siguiente año, 1857, el partido conservador de Chihuahua, instigado por los parientes de Don Félix Zuloaga, se pronunció en favor del golpe de Estado, viéndose obligadas las autoridades liberales y los hombres que le eran adictos, entre ellos el Lic. Coronado, á ponerse en salvo. No fué, sin embargo, duradero el triunfo de la reacción, pues muy pronto los pueblos del Estado acudieron al llamamiento del Gobernador para restablecer el orden constitucional. Las tropas, al mando de Coronado, pusieron sitio á la capital, nonostante la falta absoluta de artillería, supliéndola con excelentes rifles. Los sitiados, á los que prestaba

aliento la superioridad en número y en armas, no esperaron el ataque y salieron al encuentro de Coronado con dos cañones que en breve les quitó éste y con ellos estrechó el sitio que no tardó en terminar, pues tras un combate reñido cayó la plaza en poder de los constitucionalistas, y todos los reaccionarios quedaron prisioneros.

Restablecida la paz pública en Chihuahua, Coronado organizó una columna de voluntarios para dirigirse sobre la plaza de Durango que sitió y tomó á viva fuerza. Aumentada la suya, así como su material de guerra durante su administración interina, salió violentamente de Durango para ir en auxilio de Vidaurri, pero éste fué derrotado por Miramón en Ahualulco antes de que Coronado llegase á protegerle.

Entonces marchó á Jalisco y cooperó con sus tropas, á las órdenes de Don Santos Degollado, á la toma de Guadalajara. En Tololotlán derrotó á Don Leonardo Márquez, y brilló por su comportamiento en el combate de Juanacatlán. En Atequiza luchó heroicamente, contando sólo con 600 hombres, contra el brillante ejército de Miramón; tomó en seguida á Irapuato; expedicionó con grande éxito por Zacatecas; internóse de nuevo á Durango; bajó por la Sierra Madre á Sinaloa, salió vencedor en *Los Mimbres* y tomó parte principal en el asalto de Mazatlán.

Incansable batallador, hijo predilecto de la victoria, defensor ardentísimo de los principios políticos que profesaba, una vez que terminó las expediciones militares de que acabamos de dar somera noticia, tomó el

camino de Tepic á la sazón ocupado y fuertemente guarnecido por el funesto cacique Lozada, sitiólo y libró á diario reñidos combates.

Fueron los primeros días del mes de Noviembre de 1860 los últimos de la fulgurante carrera del Gral. Coronado. Oigamos cómo los refiere el joven escritor sinaloense Gaxiola, en una de sus extensas monografías históricas.

“Al avistarse—las fuerzas reaccionarias y las liberales,—simultáneamente hicieron fuego seis piezas de artillería que estaban situadas por la entrada de Guadalajara y en la Cruz. Los reaccionarios atacaron con ímpetu y el fuego se generalizó toda la noche: al amanecer del día 2 se retiraron los agresores, situándose en la loma de la Cruz, en el camino de Puga y delante de la Alameda. El tiroteo continuó todo el día y los siguientes, hasta el 5, y, desgraciadamente para los liberales, el Gral. Coronado fué herido en una pierna, después de que con su Estado Mayor *se batió durante doce horas, perdiendo dos caballos y recibiendo durante la refriega algunos balazos en el sombrero y en la ropa.* Inmediatamente se procedió á reconocer la herida del ilustre General y los médicos le dijeron que conservando la pierna podría quedar hábil para dirigir la campaña después de una curación de seis meses; pero que amputándola bastaba un mes de atenciones para que pudiera seguir mandando su división. Después de reflexionar un momento, dijo: *Mi pierna le hará falta al Gral. Coronado, pero mi tiempo le hará falta á la Patria.* Y apenas había pronunciado estas nobles palabras

cuando ordenó que se procediera á la amputación. Desgraciadamente la operación no tuvo éxito, pues víctima de ella sucumbió el ilustre soldado de la Reforma, siendo sepultado su cadáver en la capilla de los Dolores.”

Con su muerte reinó la confusión y el desorden en las filas liberales, y el día 6 del próximo Noviembre capitularon, perdiéndose así una brillante división. ¡Tan amargos son los contrastes de que está sembrada la existencia del hombre! El caudillo afortunado murió precisamente cuando se dibujaba en el horizonte el laurel que debía ornar la frente de los héroes de la Reforma después de la victoria de Calpulalpam que dió término á la guerra de Reforma el día 22 de Diciembre de 1860.

El Gral. Coronado era,—nos dice su conterráneo el Sr. D. Ignacio Gómez del Campo, á quien debemos muchas de las noticias que nos han servido para escribir estos apuntamientos,—de carácter franco, festivo á la vez que enérgico, de buenos sentimientos, patriota y liberal; era uno de esos hombres que fascinan con su presencia y su palabra, que arrastran á las multitudes á su lado.

Valiente, aventurero, duelista, gran tirador de pistola, apunta el Sr. Gaxiola que era, y agrega que sus enemigos le *suponían* instintos feroces; pero que esa suposición era gratuita, apasionada, nos lo enseña la historia que ha recogido en sus educadoras páginas los hechos todos del ilustre hijo de Chihuahua.

XXIII

DON JUAN A. DE LA FUENTE.

LA opinión ó juicio de los extraños ha sido aceptada siempre como la más imparcial, cuando se trata de aquilatar los merecimientos de un personaje, porque se supone que nadie está tan expuesto al error como el que, por amor á su patria, quiere hallar en todo un título para ella de gloria y de renombre, y sin peso ni medida loa las acciones de sus hijos. Por eso al tratar de encarecer hoy las del insigne diplomático mexicano D. Juan Antonio de la Fuente, queremos que preceda á nuestro relato lo que en una acreditada publicación francesa se dijo en 1885, al refutar las inexactitudes de César Cantú respecto á la restauración republicana en México.

El escritor francés, después de recordar la nota que el día 7 de Marzo de 1862 pasó el Sr. de la Fuente, Ministro entonces de México en Paris, á Mr. Thouvenel, que era Ministro de Negocios Extranjeros de Napoleón III, se expresa así: